

# P.

puntos de referencia

CENTRO  
DE ESTUDIOS  
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL  
N° 626, OCTUBRE 2022

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

# Amistad y política: Edgardo Boeninger a sus 97

MARIANA AYLWIN  
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

Los textos que aquí se presentan fueron preparados por sus respectivos autores para un seminario organizado por el Centro de Estudios Públicos el 23 de agosto de 2022, ocasión en la que se dio a conocer la última entrevista concedida por Edgardo Boeninger pocos meses antes de morir. Dicha entrevista fue publicada como *Punto de Referencia*, número 617.



# Edgardo Boeninger: en su cumpleaños 97

MARIANA AYLWIN

- Esta presentación toca algunos aspectos clave de la vida y obra de Edgardo Boeninger.
- En primer lugar, analiza el deterioro de la política chilena en el paso del siglo XX al XXI.
- Luego estudia las impresiones de Boeninger respecto al papel de la educación en la generación de conocimiento.
- Finalmente, resume la visión de Boeninger en torno al sistema político chileno, enfatizando la importancia de la democracia representativa en un régimen presidencialista como el que existe en Chile.

Leer esta entrevista de Edgardo Boeninger del año 2009 fue revivir su presencia y escuchar su palabra, tan vigente para entender el proceso que estamos viviendo. Vigente y atingente también.

En un contexto de desvalorización del pasado, “no eran 30 pesos, eran 30 años”, Edgardo Boeninger ha sido catalogado como el principal tecnócrata de la Transición, artífice de la continuidad del modelo heredado de la dictadura.

¡Qué poco saben de él!

Esta entrevista y el libro que terminó pocos días antes de su partida, *Chile rumbo al Futuro*, demuestran que a Edgardo Boeninger lo movía una genuina y desinteresada vocación política, un amor por Chile que no tenía mayor retórica, pero que, en cada etapa de su vida pública, se expresó en una preocupación permanente por su devenir.

¿Por qué un joven ingeniero de la Universidad Católica trabajó como ingeniero de tránsito en la municipalidad de Santiago? ¿Por qué además estudió economía en la Universidad de Chile? ¿Cómo llegó a corta edad a ser director de presupuesto del gobierno de Eduardo Frei Montalva, en una administración demócratacristiana sin ser demócratacristiano?

Con posterioridad, fue Decano de Economía y Rector de la Universidad de Chile en tiempos convulsionados (entre 1969 y 1973).

MARIANA AYLWIN es ex Ministra de Educación.

Era su talento, es verdad, pero ese podría haberlo desarrollado donde hubiera querido. Boeninger eligió estar en aquello donde se jugaba el futuro de su país.

Traigo a la memoria la visita que hizo a la casa de mi padre, entonces presidente de la Democracia Cristiana, para pedirle inscribirse en el partido pocos días después del golpe militar. Fue el primer inscrito en dicho partido cuando se iniciaba el tiempo más duro para ser militante.

Posteriormente se convirtió en un indispensable en la lucha por la recuperación de la democracia.

Durante toda su vida política, su aporte se fundaba en una enorme y poco frecuente libertad de espíritu. Era un hombre libre de ataduras y con una gran capacidad para encontrar caminos racionales para abordar la complejidad de la vida y de la política.

Nunca se veía abrumado, lo que no quiere decir que ese hombre libre y racional no ejerciera su trayectoria política con una gran pasión.

Siendo austero, era también un gozador de la vida, un gran bailarín y tenía una emoción controlada capaz de entender con amplitud la naturaleza humana.

Quisiera decir que, en mi percepción y la de otras personas, Boeninger fue clave para convencer a mi padre, primero que aceptara ser candidato a la presidencia de la Democracia Cristiana en 1987 y, luego, candidato a la presidencia de la República.



### Durante toda su vida política, su aporte se fundaba en una enorme y poco frecuente libertad de espíritu.

Siendo tan distintos, tenían en común esa libertad y racionalidad que los hacía entenderse muy bien. Agregaría, asimismo, que más allá de la enorme responsabilidad que asumieron, no tenían la pretensión de llevar el peso de la historia en sus hombros. Tenían conciencia de los límites de la política y de la importancia de buscar acuerdos, de la necesidad de involucrar al máximo posible, a todos los sectores del espectro, en la tarea de construir un Chile mejor. Además, los dos jugaban ping-pong...

De esta entrevista quiero destacar tres cosas que también están presentes en su libro *Chile rumbo al futuro* (2009).

#### **La primera es su conciencia del deterioro de la política.**

Aunque no parece haber previsto lo que hemos vivido, Boeninger da luces sobre cuestiones que están muy presentes en el debate actual. Ante la pregunta de si se ha perdido la calidad de la democracia, considera que las instituciones siguen siendo sólidas, pero que ellas han ido perdiendo su eficacia.

Cuestiona el creciente individualismo en la clase política (“manifestación de la primacía de proyectos individuales”) por sobre los proyectos colectivos de los partidos. Esa indisciplina en los partidos (habla de los “díscolos”) los había llevado a perder poder; y, con ello, las negociaciones entre gobierno y oposición se habían dificultado.

También se refiere con firmeza y fineza a “casos de comportamiento indebido en el Estado”.

Frente a algunos temas que afectaban los avances de la modernidad, como por ejemplo el desafío energético de Chile, miraba con preocupación el futuro, señalando que “estamos parados respecto a las decisiones”.

Lo que nuestro país estaba viviendo era, según Boeninger, una crisis de representatividad de los partidos. Y advertía: “Estaríamos en serios problemas si la soberanía popular tendiera a romper las cadenas y a salirse de la democracia representativa porque ahí entraríamos en situaciones de inestabilidad institucional, de contradicciones entre grupos que, ciertamente, afectarían la capacidad de desarrollo del país. Pero eso, hasta ahora, no ha ocurrido”.

### **La segunda es la importancia que le asignaba a la educación.**

En su *Chile rumbo al Futuro*, Boeninger ocupa un largo capítulo para hacer propuestas sobre los desafíos educacionales, calificándolos como los más trascendentes para el país. Se refiere a la formación de ciudadanos, al incremento de la productividad, a la contribución a la igualdad de oportunidades, a la cohesión social y a la superación de la desigualdad económica.

En esta entrevista repite algunos de esos conceptos, sosteniendo que la capacidad de desarrollo del país se está viendo afectada por el retraso en la calidad de la educación, “en especial”, señala, “una igual calidad para todos los sectores económicos”.

### **Lo que nuestro país estaba viviendo era, según Boeninger, una crisis de representatividad de los partidos.**

Dice: “La reforma integral de la educación es necesaria, y yo creo que se deben abandonar dogmas rígidos, ya sea contra el lucro o el Estado docente como única opción. El Estado es clave en las políticas y servicios educativos. Esto va de la mano de la capacitación al trabajador y de la concurrencia activa de los profesores, parte fundamental del proceso educativo”.

Se refirió también a la debilidad de una formación suficientemente calificada para el siglo XXI. Y manifestó su preocupación por el atraso tecnológico y la innovación. Habiendo sido el primero que dirigió una comisión sobre el tema (luego vendrían una serie de otras comisiones), lamentaba que no se hubieran logrado generar redes de interconexión entre universidades, empresas y gobierno, para articular un esfuerzo eficaz en este campo.

**Finalmente, resalta lo que nos dice acerca del sistema político.**

Boeninger era un fuerte defensor de la democracia representativa y de la existencia de partidos fuertes. Por eso se declaraba contrario a los plebiscitos. Advirtió sobre la parlamentarización del sistema presidencial, manifestando su discrepancia con quienes sostenían que el Parlamento tenía pocas atribuciones en relación al presidente. “El Parlamento”, dice en la entrevista, “tiene mucho poder, no hay ninguna ley que se pueda aprobar sin consentimiento de la mayoría parlamentaria en la Cámara de Diputados y en el Senado”. Critica el intento de parlamentarizar al presidencialismo cuando se tiene un régimen presidencial, donde existe la separación de poderes. O sistema parlamentario o presidencialismo, pero no un traspaso significativo de poderes del presidente al Parlamento. “Creo que esa es la peor de todas las soluciones, ya que nos dejaría en un híbrido donde perderíamos virtudes del presidencialismo, sin aprovechar las ventajas del parlamentarismo”.

Aunque presidió una comisión para cambiar el sistema electoral, después de los cambios que dieron origen a la llamada “Constitución de 2005” no consideraba que el sistema binominal fuera parte de los enclaves autoritarios. Hizo notar la dificultad para emprender una reforma al sistema electoral cuando los parlamentarios son incumbentes.

No creía en una Asamblea Constituyente ni en una nueva Constitución, pues, según él, se desentenderían problemas sustantivos para el desarrollo del país.

Surge aquí la tentación de preguntarnos: ¿qué habría dicho Edgardo Boeninger frente al sistema político que propuso la Convención Constitución que concluyó su trabajo en julio de 2022?

**No creía en una Asamblea Constituyente ni en una nueva Constitución, pues, según él, se desentenderían problemas sustantivos para el desarrollo del país.**

Hay en la entrevista una frase que refleja la forma en que Boeninger se involucraba en distintos temas a la vez, demostrando interés por las más variadas materias y una vocación decidida por oír la opinión del resto: “yo puedo dar fe de mis ocho años en el Senado, ya que asistía a cuanta comisión había. En ese tiempo no fueron pocos los proyectos en que, entre las comisiones parlamentarias con aportes de diputados de todas las bancadas, se mejoraron apreciablemente las iniciativas enviadas por el Ejecutivo.” Boeninger era uno de los que hacía que ello fuera posible.

Fui testigo de esta característica al asistir a diversas reuniones dirigidas por él. En ellas, solía plantear un problema y entregar su opinión para encauzarlo o resolverlo. Sin embargo, luego de oír la opinión de los otros, cerraba la reunión con un planteamiento distinto. Sin ningún complejo, se dejaba convencer.

Edgardo Boeninger aportó con talento al bien de nuestra patria. Jugó un papel clave en la reconstrucción de nuestra democracia y del desarrollo del país en las siguientes décadas. De esta forma, sin estridencias, demostró su profundo amor por Chile.

# Edgardo Boeninger: Un reconocimiento desde la amistad y la política

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

- A partir de algunas experiencias personales entre el autor y Edgardo Boeninger, este texto recorre los últimos sesenta años desde la perspectiva de la política, la educación y la amistad.
- Analiza aspectos relevantes de la labor de Boeninger como rector de la Universidad de Chile y como opositor a la dictadura de Augusto Pinochet.
- Da cuenta, además, de la multiplicidad de temas en lo que se involucró Boeninger a lo largo de su vida, desde cuestiones científicas a materias humanistas.
- Es precisamente esa profundidad interdisciplinaria la que, según el autor, impide encasillar a Boeninger en una clasificación o característica única.

La amistad mantiene unidas a las ciudades, y [...] los legisladores consagran más esfuerzos a ella que a la justicia: en efecto, la concordia parece ser algo semejante a la amistad, y es a ella a lo que más aspiran, mientras que lo que con más empeño procuran expulsar es la discordia, que es enemistad (Aristóteles, *Ética a Nicómaco* VIII, 1, 1155a, 22-26).

Junto con agradecer la invitación del Centro de Estudios Públicos (CEP) a esta conversación permítanme, ante todo, saludar de manera especial a Martita, compañera infaltable de Edgardo, amiga de muchas conversaciones y de un viaje inolvidable; ambos parte inseparable de nuestras vidas —de mi mujer y mía— en un tiempo de amistad que, como decían los antiguos, en el alma se atesora.

Vamos ahora al asunto propio de la ocasión: la entrevista ofrecida por Edgardo Boeninger, pocos meses antes de morir, a María de los Ángeles Fernández y José Daniel Sousa Oliva, publicada por primera vez en *Puntos de Referencia* del CEP, junto con un retrato de Edgardo pintado por su hija Iris que, para mí, evoca vivamente la imagen amable de su padre.

**JOSE JOAQUÍN BRUNNER** es Profesor titular de la Cátedra UNESCO, Universidad Diego Portales, y ex Ministro Secretario General de Gobierno.

Cuando terminé de leer la entrevista por primera vez, y luego también de las siguientes relecturas, más allá de sus bien conocidas ideas y preocupaciones por el país, la pregunta que me hacía era ésta: ¿Quién fue Edgardo Boeninger, no solo el hombre público sino también el amigo en la esfera privada, vistos ambos desde la amistad?

Intentaré responder a esta pregunta desde el recuerdo, siguiendo una línea de tiempo personal, a lo largo de la cual fui construyendo mi propia percepción de Edgardo, en medio de los acontecimientos políticos y culturales en que nos tocó participar.

Al comienzo de este relato, primer hito del recorrido por mi línea del tiempo, fines de la década de 1960, Boeninger era para mí el rector de la Universidad de Chile, figura relevante dentro de mi campo naciente de interés: las universidades agitadas por los conflictos de poder e ideas en la sociedad chilena de entonces. Hablamos de los años que van desde el final de la Revolución en Libertad a la interrumpida Revolución Socialista.

Es probable que en aquella época me lo haya encontrado en más de alguna ocasión, acompañando yo a su colega rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo, a cuyo lado inicié mi carrera universitaria. De haber sido así, no habría pasado de ser el encuentro entre el joven asistente de un rector y quien dirigía la principal universidad del país.

Boeninger y Castillo pertenecían a un mundo político-cultural común, el de la DC, aunque con personalidades, trayectorias y estilos muy distintos. Uno agnóstico, ingeniero-economista, con habilidades de planificación y gerenciales; el otro, un arquitecto-artista, creyente, soñador, con rasgos carismáticos. Cada uno a su manera, líderes, constructores, apasionados, dialogantes y generadores de una especial irradiación.

Después del golpe, transcurrida ya la primera década de la dictadura, coincidimos con Edgardo Boeninger, por primera vez, en un terreno común de acción: el de los centros académicos independientes de ciencias sociales. Edgardo presidió, de 1984 a 1987, el Centro de Estudios del Desarrollo (CED) y yo, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Boeninger y Castillo pertenecían a un mundo político-cultural común, el de la DC, aunque con personalidades, trayectorias y estilos muy distintos. Uno agnóstico, ingeniero-economista, con habilidades de planificación y gerenciales; el otro, un arquitecto-artista, creyente, soñador, con rasgos carismáticos. Cada uno a su manera, líderes, constructores, apasionados, dialogantes y generadores de una especial irradiación.

A pesar del estado de excepción permanente que vivía entonces nuestro país, esa fue una etapa extraordinariamente rica en el plano intelectual y político; de construcción inicial de acuerdos entre fuerzas de centro e izquierda en los que convergían tendencias liberales, socialcristianas, de renovación socialista y otros sectores progresistas, de donde emergería, más adelante, la Concertación de Partidos por la Democracia. Y, con ella, la plataforma de ideas, sociabilidad, proyectos y programas sobre cuya base se articuló el proceso de transición a la democracia.

Los centros académicos independientes —entre ellos también el CEP, nacido en 1980— fueron esenciales para esa transición. A su vez, Edgardo Boeninger aparece situado en el núcleo central, y en las dinámicas claves, de ese entramado de gobernabilidad que comenzaba a formarse; de sus ideas, estilo, proyecto y modelo. En breve, del espíritu que marcaría las dos primeras décadas de la postdictadura.

En lo más personal y cercano recuerdo los numerosos seminarios, talleres y conversaciones que entonces congregaban a estos centros académicos para pensar Chile y circular ideas en el entorno de los partidos, las agrupaciones de la sociedad civil, las iglesias, los círculos académicos y las redes culturales de la oposición.

Recuerdo con precisión que una de las actividades que desarrollamos en conjunto colegas del CED, que dirigía Edgardo, de CIEPLAN y de la FLACSO, fue el diseño de las primeras encuestas de opinión que en aquellos años empezaron a activarse con el apoyo de académicos, *think tanks* y fundaciones liberales de los EEUU y con el debido cuidado para no atraer la represión del gobierno que como una sombra perseguía a los adversarios del régimen. Recuerdo conversaciones de investigadores de la FLACSO —entre ellos Norbert Lechner y Ángel Flisfisch— con Edgardo y otros colegas para afinar el diseño metodológico, los cuestionarios y su aplicación en terreno, todo esto en medio de una sociedad silenciada y rigurosamente vigilada. Dicha forma de unir ideas, intelectualidad y academia con prácticas, efectividad y gestión de redes nacionales e internacionales, creo yo, fue uno de los especialísimos talentos de Boeninger, del cual otros aprendimos también.

De aquella época guardo otro recuerdo, que mantengo muy vivo hasta hoy, quizá porque fue la primera vez —antes de compartir la amistad— que sentí una profunda afinidad de pensamiento estratégico con este futuro amigo que, además, era ya entonces un personaje a quien el mundo académico-político reconocía como *primus inter pares* y maestro. Ocurrió en octubre de 1986, pocas semanas después del atentado contra Augusto Pinochet.

Pueden imaginar ustedes el intenso debate que siguió a este hecho en el seno de la oposición, mismo que venía precedido por la discusión sobre si la salida de la dictadura sería producto de una sublevación popular con uso de todas las formas de lucha, incluyendo naturalmente la lucha armada, o si acaso cabía imaginar una salida no-violenta.

Pues bien, en ese contexto, coetáneamente y sin haber nunca conversado al respecto, Edgardo por su lado y en su círculo de influencia, y yo en la esfera de los grupos de la renovación socialista, dimos a conocer sendos documentos —que circularon por canales informales y también por los medios de prensa— en que nos pronunciábamos a favor, y justificábamos, una opción de salida pacífica de la dic-



tadura, a la que llamábamos a derrotar por la vía electoral. Esa vía se impuso finalmente, abriendo las puertas hacia una transición pacífica que inauguró el primer gobierno de la Concertación.

Ahí volví a encontrar a Edgardo Boeninger, ya como Ministro Secretario General de la Presidencia, haciendo parte de un grupo que se reunía periódicamente, todas las semanas, en la sala de reuniones del ministro para conversar sobre el curso del país, los cambios que éste comenzaba a experimentar, el desempeño del gobierno, las inevitables tensiones con las Fuerzas Armadas removidas del poder civil, y las relaciones con la coalición concertacionista, el Congreso y la oposición. También sobre temas más allá de nuestras fronteras, Latinoamérica y el mundo, que siempre interesaron vivamente a Boeninger.

Esa fue una experiencia educativa increíblemente rica; la de ver en acción a un destacado ministro que asistía genuinamente interesado en escuchar e intercambiar opiniones, sin ninguna formalidad, salvo por el respeto que sentíamos naturalmente por quien nos presidía.

Quizá fue ese el momento que comenzamos a socializar amistosa y familiarmente a lo largo de esta línea del tiempo. El momento cuando, desde detrás de la figura pública, aparece el compañero, comensal, colega, camarada y, paso a paso, el amigo.

También en este plano Edgardo estaba lleno de sorpresas: gran lector de novelas y, particularmente, de obras de teatro; viajero incansable; apasionado del cine; conversador fino; generoso anfitrión; apasionado por los deportes —podía pasar horas mirando tenis en la TV-; inquisitivo y curioso frente a la historia, las relaciones internacionales y el campo de las ciencias sociales; con una biografía que exigió de él mucha resiliencia pero de la que nunca hizo drama ni usó como justificación. Solo respecto de tres de sus *hobbies*, me temo, no estuve a la altura: la hípica, el ping-pong y el baile.

Al dejar el Ministerio Secretaría General de la Presidencia, donde todos sabemos Boeninger cumplió un rol clave como articulador de la gobernabilidad de la Transición, me tocó conocer de cerca otra faceta de sus prodigiosas capacidades.

**Edgardo estaba lleno de sorpresas: gran lector de novelas y, particularmente, de obras de teatro; viajero incansable; apasionado del cine; conversador fino; generoso anfitrión; apasionado por los deportes.**

En efecto, recién comenzado el segundo gobierno de la Transición, el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle me encomendó presidir un Comité Técnico para la Modernización de la Educación. Esta instancia debía preparar una propuesta de reforma para el sistema escolar chileno. Para ese efecto convocó a un grupo de ex ministros de Estado, empresarios, académicos, profesionales de la educación que represen-

taban disciplinas diversas, distintas perspectivas ideológico-culturales y diferentes concepciones educacionales. Entre ellos estaba Edgardo Boeninger, que pronto se transformó en un puntal del comité.

Por cierto, al comienzo me sentí cohibido por tener que presidir un grupo entre cuyos miembros estaba el maestro en la tarea de conjugar ideas con propuestas técnicas y proyectarlas al ámbito de las políticas públicas. Además, el presidente Frei fijó un plazo de días para recibir la propuesta que debía reunir el mayor consenso posible.

De modo que trabajamos contra el tiempo y tuvimos que encontrar un lenguaje que permitiese a todos los miembros —entre ellos personeros de los gobiernos de Patricio Aylwin y Augusto Pinochet, creyentes y agnósticos, conservadores, liberales y socialdemócratas, estadistas y privatistas, etc.— concurrir a una propuesta común. Como forma de trabajo acordamos reunirnos una mañana cada semana y apoyarnos en la vasta literatura técnica disponible, la que, ordenada según los temas de nuestra agenda, se enviaba anticipadamente a los integrantes del grupo.

Para mi sorpresa, si bien la mayoría de ellos leía partes de ese material, Edgardo llegaba con el legajo completo leído, procesado y con sugerencias para someter a discusión. De verdad, poseía una infinita capacidad para familiarizarse con nuevos temas y dominarlos.

Al mes siguiente de entregado el informe del Comité, suscrito con amplio consenso por todos sus miembros, el presidente Frei me nombró Ministro Secretario General de Gobierno, cargo en el cual tuve el absoluto privilegio de contar con un amigo y consejero siempre alerta y envuelto con sabiduría y eficacia en los aspectos más variados del proceso político.

De acuerdo con mi línea del tiempo, en esos años volvimos a converger con Boeninger en una posición estratégica común. Sucedió en el momento en que la Concertación, después de un mal desempeño en las elecciones municipales de 1997, inició un proceso de análisis y autocrítica que llevó a una confrontación entre dos perspectivas ideológicas, sensibilidades y estilos que la prensa bautizó como de autocomplacientes y autoflagelantes. Entre los firmantes del documento —*La fuerza de nuestras ideas*— que expresaba a la primera de esas corrientes, estuvo Boeninger, quien, si mal no recuerdo, participó en el proceso de su redacción, del cual también fui parte.

**De verdad, poseía una infinita capacidad para familiarizarse con nuevos temas y dominarlos.**

Nació allí un debate que luego se prolongaría por tres décadas sobre el carácter de la Transición, la gobernabilidad concertacionista y los cambios —incluidos los malestares— que trajo consigo la modernización del país bajo un esquema de crecimiento con equidad.

A lo largo de todos estos años de debates aprendí de Boeninger el valor de su aproximación racional a la política, nunca exenta de ideales y valores, pero, a la vez, conducida siempre por metas, un plan

estratégico y una consideración de los medios y recursos necesarios para avanzar. ¡Cuánta falta hace hoy esa visión!, que la entrevista que nos congrega vuelve a poner ante nosotros. En ella reside un concepto matriz de la política democrática tal como la concebía Boeninger, donde se conjugaban la necesidad de un orden de gobernabilidad, el ejercicio de las libertades propias de los modernos y una verdadera pasión por la creación de riqueza colectiva, apoyada por un Estado que debía dejar atrás la improvisación, el clientelismo y la falta de profesionalismo en su servicio civil.

En la siguiente etapa, el conocimiento de Boeninger del Estado y sus funciones se amplió, al asumir el rol de senador institucional entre los años 1998 y 2006. Allí participó como miembro de las comisiones de Hacienda, Educación, Gobierno Interior y presidió la Comisión Especial de Modernización del Estado. Se hizo famoso, además, por asistir a numerosas otras comisiones, cada vez que el tema a tratar atraía su inagotable interés por encontrar normas para solucionar los problemas de la vida en sociedad. Sus amigos sabemos cómo se preparaba para enfrentar estos debates recurriendo a especialistas, reuniendo información y escuchando opiniones contrastantes. Conocimos, igualmente, su preocupación por la modernización del Estado que consideraba un imperativo progresista para llegar, algún día, a tener un Estado de bienestar.

Contrario a la imagen de un Boeninger liberal o, incluso, neoliberal, de Estado mínimo y vocación subsidiaria, su perspectiva, me parece a mí, era más bien la de un Estado con misión y estrategia, un poco a la manera como desde la década de 1980 se comenzó a hablar de un Estado desarrollista en el caso de los tigres asiáticos.

El Banco Mundial publicó en 1993 su famoso reporte *The East Asian Miracle*, en que reconocía que aquel milagro no se conformaba al modelo neoclásico y al consenso de Washington, sino que suponía un papel activo del Estado en el desarrollo de la competitividad de los países y sus empresas. En Chile, otro gran amigo de Edgardo, el economista Fernando Fajnzylber, apuntaba en una dirección similar en sus estudios que luego la CEPAL volcó en el volumen titulado *Transformación Productiva con Equidad*.

Se hizo famoso, además, por asistir a numerosas otras comisiones, cada vez que el tema a tratar atraía su inagotable interés por encontrar normas para solucionar los problemas de la vida en sociedad.

El propio Edgardo se hallaba involucrado en esos años con la experiencia asiática de desarrollo económico, desde la presidencia de la Fundación Chilena del Pacífico. Tenía un especial interés por aquel continente, lo visitó en diversas oportunidades y seguía de cerca el desenvolvimiento de la APEC.

Admiraba el extraordinario dinamismo de aquellos modelos de crecimiento integrado a los mercados globales, aunque no compartía el autoritarismo-estatal-dirigista presente en varios de ellos. Sabía, asimismo, que nuestras propias tradiciones culturales distaban de la ética confuciana de familia, trabajo, jerarquía y sumisión al emperador.

Una década después, hacia finales de 2005, el gobierno del Presidente Ricardo Lagos encargó a Boeninger la dirección del recién creado Consejo Nacional de Innovación para la Competitividad, primero establecido en el país con esa misión, donde tuve nuevamente el privilegio de trabajar con él como miembro de ese organismo. Su tarea fue delinear una estrategia nacional de innovación. El Informe con dicha estrategia fue presentado al presidente de la República en marzo de 2006. Allí quedó plasmado otro aspecto de la visión de Boeninger; en este caso, la idea de contar con un sistema que debía reunir a empresas, universidades, centros de formación técnica, proveedores de servicios y a las agencias del gobierno para crear entornos favorables para la innovación. Desde entonces, sucesivos gobiernos han encargado nuevas versiones de la estrategia pero, en la práctica, los progresos efectivos han sido esquivos.

Para su cumpleaños número 80, Edgardo, junto con Martita, nos invitaron a mi mujer y a mí a visitar algunos lugares del Viejo Mundo que ocupaban un territorio especial en nuestras memorias. Sin duda, fue el recorrido más preparado, planificado, programado —y luego saboreado— que hayamos tenido la suerte de hacer. Podrán imaginar ustedes quién estuvo a cargo del plan maestro y atendió, personalmente, a la selección de los lugares, itinerarios, reservaciones y eventos imperdibles.

Nos reunimos inicialmente en Bellagio, al borde del lago Como, en el norte de Italia, donde los Boeninger habían estado antes a propósito de una estadía de Edgardo como *visiting scholar* residente del Rockefeller Center, lugar absolutamente idílico, donde también pasé unos días de retiro académico en tiempos de la dictadura. Luego visitamos varias ciudades italianas, siempre de acuerdo a lo planeado, entrando y saliendo de ciudades hábilmente piloteados por Edgardo desde un mapa rutero, única manera de hacerlo antes de que naciera el Waze. Solo cometimos un error, al llegar a Roma, pues no reparamos que estaba prohibido ingresar al centro de la ciudad en un vehículo privado, y, claro, nos dirigimos directamente a la Vía Veneto, una suerte de homenaje a Fellini que nos costó una multa.

En realidad, Edgardo era un viajero enérgico. Le gustaba visitar tres o más lugares al día; no resultaba fácil acompañarse a su ritmo. Gozaba intensamente la comida, la conversación, el teatro y los monumentos de la ciudad. Entre sus parajes turísticos preferidos, dijo alguna vez, se encontraba Bali. Mas era por la India —su cultura, tráfico humano, ritos, pasado y futuro— que sentía la mayor atracción.

En realidad, Edgardo era un viajero enérgico. Le gustaba visitar tres o más lugares al día; no resultaba fácil acompañarse a su ritmo.

Estamos de vuelta en Santiago. Es el año 2008 dentro de mi línea del tiempo. Me sumerjo en los recuerdos de ese año ayudado por mis propios emails suspendidos en la nube. De pronto, en esa navegación, encuentro dos hilos de conversación vinculados con los Boeninger.

El primero menciona unas reuniones periódicas que entonces teníamos en CIEPLAN, presidido por Edgardo, para discurrir sobre el futuro de Chile. Y me digo: Edgardo fue absolutamente fiel a sí mismo hasta el final. Su pasión por pensar al país como un modelo que continuamente debe transformarse era inagotable.

El segundo email es típico también. Está dirigido a mi esposa. Leo: Para: Mónica Espinosa. Asunto: “con los Boeninger”. Fecha: 2 de enero de 2008. Y luego el siguiente texto, escrito a la manera de una agenda: Viernes 4, película *Atonement*; Domingo 13, obra teatro *Philotas*; Sábado 19, teatro: *Las brutas*; Sábado 26, *Eduardo II* de Christopher Marlowe por conjunto eslovenio... No necesito decir que, una vez más, Edgardo organizaba nuestro mes de arte y cultura reservando días y horas en el Teatro a Mil.

Entonces, ¿quién era Edgardo Boeninger, la figura pública y el amigo, ahora que llegamos al final de nuestra línea del tiempo y es hora de despedirse?

¿Un hombre de pensamiento o de acción? ¿Político, tecnócrata o académico?

¿Un legislador o un alto ejecutivo público? ¿Más cercano a la cultura STEM —ciencias, tecnologías, ingenierías, matemáticas— o a la cultura de las humanidades y las ciencias sociales? ¿Pragmático o idealista? ¿Austero o gozador? ¿Local-nacional o cosmopolita? ¿Pro yanqui, pro europeo o pro APEC? ¿Estratega o táctico? ¿Más próximo a la sociedad civil o al Estado? ¿Keynesiano, neoliberal o desarrollista? ¿Mano derecha o mano izquierda del presidente Aylwin, quien en una oportunidad habló de él como su Antonio Varas?

## Entonces, ¿quién era Edgardo Boeninger, la figura pública y el amigo, ahora que llegamos al final de nuestra línea del tiempo y es hora de despedirse?

Quizá porque no es posible reducirlo a un solo término en cada una de estas dicotomías, es que hoy —cuando Chile se halla de nuevo en un momento de exasperantes divisiones— resulte tan esencial traer a Edgardo Boeninger a la memoria para preservar y renovar la conversación democrática. Al amigo, entre tanto, la amistad siempre.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

VER EDICIONES ANTERIORES ↓